



CRUZADA
EN JEANS
Thea
BECKMAN



GRAN
ANGULAR

Cruzada en jeans

THEA BECKMAN





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: enero de 1983

Quincuagésima octava edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Berta Márquez y Alejandra González

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Álvaro Domínguez

Título original: *Kruistocht in Spijkerbroek*

Traducción: Guillermo Solana

© del texto: Lemniscaat b.v., Rotterdam, 1973

© Ediciones SM, 1983, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-451-9

Depósito legal: M-4007-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

–Y este –dijo el doctor Simiak– es el transmisor de materia.

Rudolf Hefting contempló impresionado la enorme máquina que cubría todo un muro del laboratorio. Vio un elevado panel, repleto de diales, botones y palancas con enigmáticos números y símbolos. Aquella extraordinaria máquina que establecía contacto con el pasado le hizo sentirse pequeño e insignificante. Su padre, el doctor Hefting, era amigo de los dos hombres que la habían inventado, y ahora, tras meses y meses de súplicas, Dolf, ante la proximidad de las Navidades, había sido por fin autorizado a visitar el laboratorio. Jamás había imaginado que el transmisor de materia fuera tan grande.

–¿Qué es eso? –preguntó señalando la sección central.

Parecía una cabina telefónica, pero sus paredes estaban aisladas a conciencia y la puerta era transparente. Sin embargo, no estaba hecha de vidrio, sino de un material sintético que, según decía el doctor Simiak, era indestructible.

–Ahí colocamos las jaulas con los animales o cualquier otro objeto que queramos transportar –explicó el doctor Frederics, que era el ayudante del doctor Simiak.

–¿Y vuelven también ahí?

–Cuando todo se desarrolla conforme a lo previsto.

–¿Qué quiere decir?

–Permíteme explicártelo, Dolf –dijo el doctor Simiak–. Si enviamos un animal enjaulado al pasado, tenemos que aguardar tres horas antes de poder recuperarlo porque el transmisor consume mucha energía, se recalienta y hay que esperar a que se enfríe. Durante ese tiempo, la jaula ha de permanecer en el pasado, exactamente en el mismo lugar en que queda colocada. Eso es esencial, porque las coordenadas de la máquina se hallan determinadas para ese punto. Si alguien retira la jaula o si esta aterriza

en un terreno inestable y se cae, cuando vayamos a recuperarla solo encontraremos un montón de arena y tierra. En otras palabras, habremos perdido el animal.

–¿Por qué experimentan solo con animales? –preguntó Dolf–. Los animales no pueden contarles lo que han visto del pasado.

–Porque antes de pensar en enviar personas al pasado, tenemos que estar absolutamente seguros de que no corren peligro alguno. Si una persona llegara a una ciénaga o a un lago, no podría establecer contacto con nosotros y se perdería.

–El peso también cuenta –le interrumpió el profesor Frederics–. Cuando utilizamos en el experimento un animal pesado, un mono, un chimpancé, por ejemplo, la energía consumida inutiliza todos los fusibles y las reparaciones suponen meses de trabajo.

–Es increíble. ¿Está ahora la máquina en disposición de funcionar?

–Sí. Hemos proyectado para Año Nuevo un experimento en el que esperamos transportar monos. Los hemos adiestrado para recoger objetos que puedan alcanzar desde la jaula.

Dolf asintió y observó la cabina tratando de imaginar lo que se sentiría estando dentro y en espera de ser transportado a un pasado remoto.

De repente dijo, casi involuntariamente:

–Yo iría.

Los dos científicos se quedaron sin habla. Allí estaba aquel chico, bastante alto para no haber cumplido aún quince años. Un estudiante apasionado por la historia, pero que apenas había dejado de ser niño. Y decía... Pero no podía hablar en serio. Naturalmente, pensaba en alguna aventura de ciencia ficción.

–Peso menos que un mono –dijo Dolf.

–Claro, pero...

–Tengo ojos y boca –repuso Dolf–. Al volver les contaría lo que hubiera visto.

Dolf siguió hablando con serenidad, aunque en su interior no se sentía precisamente tranquilo. Su corazón latía con fuerza.

–No, no; es una verdadera insensatez –murmuró el doctor Frederics.

–Demasiado peligroso –añadió el doctor Simiak, pero su voz revelaba inseguridad.

Cuanto más insistían los científicos en que no era posible realizar el experimento, más dispuesto se mostraba Dolf a correr el riesgo.

–Sería una cobaya ideal. Tengo el peso adecuado y unos ojos a los que no se les escapa nada –dijo–. En cualquier caso, podría llevar un arma. Sé que es peligroso, pero me siento capaz de superar las dificultades; además, solo serían unas horas, el tiempo justo para... En mi casa tengo un libro que describe el torneo que organizó el duque de Dampierre, el catorce de junio de mil doscientos doce, en Montgivray, Francia central. ¿Por qué no me envían allí? Sería magnífico. ¿Qué pueden decirles esos monos? Imagino que podrán reconocerlos y extraer partículas de polvo de su pelo. Pero ¿de qué sirve eso? Yo soy capaz de proporcionarles unas pruebas científicas irrefutables.

Advertió que los dos hombres titubeaban.

–... Y no tengo miedo –añadió rápidamente.

–Querido Dolf, parece que no comprendes –dijo con gravedad el doctor Simiak– que si te autorizáramos, cosa que no vamos a hacer, solo podríamos hacer una vez el intento de traerte. Si fracasara y no estuvieras en el sitio adecuado en el momento oportuno, te quedarías vagando por la Edad Media el resto de tu vida.

–Estaré en el lugar adecuado en el momento adecuado –dijo firmemente Dolf.

–A ti todo te parece demasiado fácil –dijo el doctor Frederics, pero sus ojos brillaban de excitación.

–Sé que la computadora puede determinar exactamente el lugar al que me van a enviar –repuso Dolf–. Yo podría llevarme una tiza para marcar el lugar. Así lo encontraría fácilmente unas horas más tarde. También podría llevarme un cuchillo para defenderme en caso de necesidad y...

–Basta, muchacho –lo interrumpió el doctor Simiak con voz temblorosa–. Es demasiado arriesgado. Todavía no hay ningún hombre que haya vuelto al pasado. Son muchas las cosas que podrían ir mal, y no podemos asumir esa responsabilidad.

–Bueno, alguien tiene que ser el primero. ¿Por qué no yo? –replicó Dolf.

No quería continuar la discusión, sino conseguir cuanto antes su propósito.

Los dos físicos siguieron explicándole por qué era inaceptable el proyecto; pero él no les prestó atención. Observaba la «cabina telefónica», la puerta del pasado. Fuera, el día de invierno era frío y gris; pero en el interior del laboratorio, la atmósfera era cálida. Allí estaba Dolf, con su chaqueta en la mano. Súbitamente se la puso.

–¡Déjeme ir! –dijo–. ¡Por favor!

Dolf miró el cronómetro colgado sobre el transmisor de materia. Era la una menos cuarto. Echó un vistazo a su nuevo reloj, un regalo de Navidad, y lo sincronizó con el cronómetro.

–Tenemos que determinar el momento exacto en que debo estar en el lugar del que ustedes me traerán –dijo.

Entonces sucedió lo increíble. Dolf no supo si los dos hombres cedieron a su terca insistencia o a la tentación de someter su invento a una prueba auténtica; pero ambos empezaron a asentir simultáneamente.

El doctor Frederics corrió a la computadora y empezó a suministrarle información.

–¿Cuándo era? ¿El catorce de junio de mil doscientos doce? ¿Y Montgivray, en Francia? Voy a ver en el mapa dónde queda exactamente.

Prosiguió murmurando mientras operaba en la computadora. El doctor Simiak también se puso en movimiento. Salió y volvió al instante con dos gruesos rotuladores, uno negro y otro amarillo. Además entregó a Dolf un largo y afilado cuchillo de mesa, que el muchacho sujetó bajo su cinturón, y algunas cerillas, que se metió en el bolsillo.

–Hay que reducir los riesgos todo lo posible –dijo el doctor Simiak–. Fijaremos el momento de regreso para dentro de cuatro horas exactamente.

Anotó la hora. Era la una menos cinco.

–Necesitaremos algunos minutos para ajustar el transmisor. Por tanto, te transportaremos a la una en punto. No lo olvides. Te recogeremos a las cinco, ¿entendido?

–Allí estaré –respondió Dolf, que ya se dirigía a la cabina.

Reapareció el doctor Frederics, trayendo los resultados de los cálculos de la computadora. Cuando Dolf abrió la puerta de la cabina, el doctor Frederics lo cogió súbitamente del brazo.

–¡Un momento! –gritó a Dolf–. ¿Estás seguro de que quieres seguir? Recuerda que solo podemos intentar recuperarte una vez.

–Estoy resuelto –respondió Dolf, y entró en la cabina.

–Para mayor seguridad, déjate ver lo menos posible, pues tu ropa llamaría la atención.

Dolf asintió distraídamente.

Con la puerta todavía abierta, el doctor Simiak dijo roncamente:

–De acuerdo entonces. Pon los pies exactamente en el centro de ese cuadrado metálico. Así. En ningún caso toques las paredes. Simplemente, cierra los ojos y estate quieto. No te impacientes. Nos costará tres minutos lograr la energía suficiente para... no toques nada, muchacho, yo...

Dolf cerró los ojos y oyó cómo se cerraba la puerta. Después ya no percibió más sonidos.

Se quedó quieto como una estatua. «Contar –pensó–, tengo que contar hasta sesenta, tres veces y despacio».

Comenzó a contar con gran concentración para dejar de pensar. No debía cambiar de idea ni por un segundo. No debía asustarse. No debía ser presa del pánico.

–*Treinta y uno, treinta y dos...*

¿Era el segundo minuto o el tercero? ¿Habría transcurrido todo ese tiempo?

–*Cuarenta y cinco, cuarenta y seis...*

Tras sus párpados cerrados danzaban remolinos.

–*Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...*

Y de repente el mundo pareció acabar. Dolf experimentó el impacto de una intensa fuerza que envió punzadas de dolor por todo su cuerpo. Se sintió envuelto en una neblina de cambiantes matices azules a través de los cuales comenzó a percibir sonidos familiares: el zumbido del viento en los árboles, el canto de los pájaros. Pero aún no se atrevía a moverse ni a abrir los ojos. Podía advertir el calor del sol en su mano y cómo se despejaba la neblina del interior de su cabeza. Abrió los ojos...

Había llegado. Pero ¿adónde?